

Los sismos de septiembre de 2017. De la incertidumbre y el temor a la participación social y el impulso a la restauración de los daños en el patrimonio cultural. Entrevista a Diego Prieto, Director General del INAH*

Sergio Pliego Fuentes**

El 19 de septiembre de 2017, luego de 32 años de haber experimentado el miedo, el trauma y de generar la inmediata respuesta social frente a la tragedia, los habitantes de varios estados de la república volvieron a padecer una experiencia similar debido a un sismo de 7.1 grados de magnitud. Eventos como los de 1985 y 2017 provocan respuestas sociales en el plano cultural. ¿Podría ofrecernos su punto de vista sobre los efectos que estos sismos causaron en los patrones y valores culturales de las personas y grupos sociales afectados?

En septiembre de 2017 hubo dos sismos: uno el 7 de septiembre, que afectó fundamentalmente a comunidades del istmo oaxaqueño y de Oaxaca en general, pero también de Chiapas y en menor medida de Tabasco, Veracruz e Hidalgo. Ése fue un sismo como no había ocurrido hacía más de 80 o 100 años en México, un sismo que, por fortuna, dada su lejanía en relación con la Ciudad de México, no impactó tanto el área central de nuestro país, pero que sí dejó daños grandes y graves, insisto, en los estados de Oaxaca y Chiapas, en áreas de comunidades indígenas, en muchas iglesias, en algunas presidencias municipales y edificios históricos. Y por supuesto que significó un golpe muy fuerte en la conciencia de muchas comunidades que se vieron afectadas en elementos que son parte fundamental de su identidad, de su referente simbólico, articuladores de tejidos comunitarios, incluso entre grupos que pueden o no pertenecer al credo católico. Al estar ahí, vimos el impacto fuerte que causó este primer sismo, que además, por lo que intuyo, fue en gran medida el detonador que desencadenó una serie de fenómenos telúricos que tuvieron uno de sus puntos más altos en el sismo del 19 de septiembre.

* Entrevista realizada el 21 de febrero de 2018.

** Editor y corrector de este número de la revista (sealplif@gmail.com).

Estábamos en esto, estábamos en el recuento de estos daños y afectaciones en Oaxaca y en Chiapas cuando en el aniversario, como has dicho, del terremoto del 85 vino este nuevo sismo, esta nueva sacudida muy fuerte que impactó también en Oaxaca, que es la entidad que tiene la mayor pluralidad étnica y lingüística de nuestro país, y que a la vez padece la mayor sismicidad. Este sismo causó graves daños en Oaxaca, pero también en otras entidades, como la Ciudad de México, Guerrero, el Estado de México, Morelos y Puebla. En total, este sismo causó afectaciones en 11 entidades del centro y el sur del país.

Sin duda alguna, las entidades más golpeadas fueron dos: Oaxaca y Puebla. Oaxaca porque, como te decía, ya había sido afectada por los daños causados durante el sismo del 7 de septiembre, y Puebla porque tuvo una sacudida terrible, debido a que la zona del epicentro estuvo en el territorio de ese estado, en los límites con el de Morelos. Sólo Oaxaca y Puebla concentran más de la mitad de los inmuebles históricos afectados. Podemos mencionar otras dos entidades con afectaciones graves, aunque no tanto como las de Oaxaca y Puebla, que son Morelos y el Estado de México, donde las afectaciones superan los 250 inmuebles históricos afectados. Si agregamos los daños en estas cuatro entidades, podemos afirmar que en ellas se concentraron más de las dos terceras partes del universo de monumentos históricos con daños.

Después viene el siguiente grupo de entidades que tuvieron daños considerables, pero de menor magnitud que los de los estados de México y Morelos; en este grupo están la Ciudad de México, Guerrero y Tlaxcala. Finalmente, Chiapas, Hidalgo, Tabasco y Veracruz sufrieron daños en su patrimonio histórico, aunque en menor medida.

El patrimonio que se vio más afectado es el que corresponde, sobre todo, al periodo virreinal y, en menor medida, al siglo XIX; en particular sufrieron daños los inmuebles de carácter religioso: templos, conventos, capillas, iglesias. En esta ocasión, las zonas de monumentos arqueológicos y los monumentos arqueológicos mismos sufrieron afectaciones en mucho menor medida; estaríamos hablando de unas 35 zonas arqueológicas con afectaciones. De esta manera, lo que el sismo afectó más fue el patrimonio histórico, cultural y social de muchas comunidades rurales y algunas urbanas. Este patrimonio reviste una gran importancia para esas comunidades, pues es, ni más ni menos, el eje de articulación de muchos pueblos: donde está el santo patrono, donde se celebran las fiestas patronales o comunitarias, donde se llevan a cabo los rituales de muchos pueblos originarios, como es el caso de las comunidades de Chiapas y Oaxaca.

Los sismos de septiembre de 2017 y los daños que causaron en el patrimonio histórico, cultural y social nos obligan a reflexionar sobre lo que ocurrió y sobre cómo interpreta la gente estos hechos. La gente tiene sus concepciones particulares y siente que pudo haber ahí algún mensaje de cualquier clase de entidad no natural, de cualquier clase de entidad no visible, y entonces empieza a hacerse una serie de preguntas: ¿qué pasó?, ¿qué hay que hacer?, ¿cómo hacerlo?

Hubo, en un primer momento, cierta angustia ocasionada por elementos de Protección Civil, que empezaron a hablar de demoliciones. Hablar de demoliciones es meterse en un tema muy

fuerte. Por ejemplo, se dio el caso de una capilla pequeña que fue demolida en una comunidad de Morelos por jóvenes que ni siquiera eran de ahí, pero que creían que ayudaban a las comunidades demoliendo cosas, incluida esa capilla. Aquello fue lamentable.

Hubo casos como en Ocuilan, donde los habitantes no dejaban entrar al arquitecto, a la restauradora del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), porque ellos ya habían acordado demoler algunas de sus edificaciones religiosas. Estaban pensando en tirar, además de la iglesia principal, tres capillas, y por eso no querían que el INAH interviniera. Tuvimos que dialogar con distintos funcionarios, armar una brigada donde participaran antropólogos que pudieran sostener diálogos abiertos con los mayordomos, con los encargados de la iglesia y las capillas. Buscamos hablar con el presidente municipal, que al principio se negaba a dialogar y aducía que él haría lo que dijeran las comunidades. Tuvimos que hacerle la aclaración de que no íbamos a fiscalizar ni a contravenir a nadie, que solamente queríamos conversar. Nos sentamos a la mesa con él y conversamos. Unos días después, a finales del mes de septiembre, la gente quedó muy contenta al pensar que las iglesias podían ser restauradas, que las imágenes podían ser restauradas.

En ocasiones como ésta uno se va dando cuenta de que a veces los bienes muebles —como los llamamos o los llaman los especialistas— pueden tener incluso más importancia que los propios inmuebles. ¿Por qué? Porque se trata del santo patrono, se trata de imágenes veneradas, algunas de ellas con historias de acontecimientos milagrosos. Los templos también representan la casa de esas imágenes; representan espacios de reunión. Son importantes, pero las imágenes son más importantes aún. Cada día aprendemos: al principio, a nosotros nos parecían más importantes los templos que las imágenes. Te pongo un ejemplo: la imagen de la Virgen de Santa María Ocuilan se recuperó de entre los muros derruidos del templo mediante una compleja operación de rescate. Cuando fue recuperada, hubo una gran algarabía entre los pobladores, ya que la “aparición” del ícono significó para muchos de ellos que la Virgen sí quiere que le vuelvan a hacer su casita, su iglesia.

Quiero decir que en muchos casos tuvimos que platicar con las comunidades para explicarles que las cosas se pueden restaurar, que no teníamos que pensar, de entrada, en la demolición. En Ocuilan, el día que fuimos con antropólogos para hablar con las autoridades municipales, con funcionarios del gobierno del estado y con gente que conocía a los mayordomos, cambió la percepción. Incluso como a las tres semanas llegó a nuestras oficinas la copia de una carta dirigida a la Presidencia de la República en la que le demandan, le solicitan que se restaure su iglesia y sus capillas, ya que, por ejemplo, en la iglesia de Santa María Ocuilan se puede volver a poner el decorado con lámina de oro, con la asesoría de los especialistas del INAH. Esta carta muestra que entre los pobladores y sus autoridades hubo un cambio de mirada, un cambio de perspectiva. Tratándose de un patrimonio que no solamente tiene un sentido estético o histórico, sino un sentido social y ritual, cualquier decisión se acompaña con la gente.

En muchos lugares nos ha tocado ver que la gente está más preocupada por la iglesia que por sus propias viviendas. Así se lo han expresado al presidente o a funcionarios que han estado en los re-

corridos de las giras. En una de esas giras, cuando los técnicos explicaban que tenían que derruir el templo del Calvario en Chiapa de Corzo, Chiapas, una señora dijo que si iban a tirar su templo, ella pedía estar adentro para morirse junto con él. Comentarios como esos resultan conmovedores e interesantes a la vez.

Todo el resguardo de los bienes muebles fue interesante. Primero porque, como ya comentamos, encontramos que el valor simbólico y afectivo de muchas piezas es más intenso que el del propio inmueble, que opera más como un continente que como un contenido, y en ese terreno hubo varios hechos.

Por ejemplo, cuando se rescató en Santiago Astata la imagen de un Cristo Negro muy venerado, ya se había dispuesto una misa para que durante la homilía las restauradoras explicaran lo que iban a hacer. El ícono del Cristo Negro presidió la ceremonia y después los asistentes al rito religioso lo acompañaron hasta la casa de un mayordomo, donde quedó en resguardo en tanto se restaura el templo.

En Zinacantepec fue muy interesante observar que la gente había construido un tejabán y llevó ahí las imágenes, con muchísima veneración, para hacer las misas mientras se restaura el templo. Hay también historias de cosas milagrosas, como el Cristo del Calvario en Ocuilan, que se ocupó de cuidar que no se cayera el templo, que no fueran empujados el templo ni el muro testero por unos peñascos que se encuentran detrás. La gente decía entonces que por defender el templo, al Cristo se le fracturaron los brazos. Ya fue restaurado, aunque la gente sigue diciendo que el ícono defendió el templo. Afortunadamente, unos días antes habían llegado especialistas del INAH, porque la gente ya estaba disponiendo cuerdas y amarres para empezar a jalar pináculos y tirar... e iba a empezar con la torre del campanario.

Fue muy interesante constatar cómo fueron cambiando los estados de ánimo. Desde un primer estado de ánimo lleno de incertidumbre, de temor y enorme desasosiego, hasta un estado de ánimo que fue mostrando cierto entusiasmo ante la posibilidad de restaurar templos e imágenes. Y luego pasamos a la exigencia abierta: ¿qué pasó?, ¡ya no han vuelto!

Todo eso se dio en la gente y nosotros tuvimos que concretar respuestas y acciones que dieran satisfacción a sus necesidades, a pesar de todas las dificultades que enfrentamos en relación con los recursos que se requieren, pero sobre todo con la gestión de los pagos que vamos a conciliar con el seguro. La gente no sabe de eso; no sabe si la gestión con las aseguradoras es complicada y engorrosa o no; la gente quiere ver ya que la restauración de éste o aquel inmueble esté concluida. En Puebla, con la dirección y la orientación del INAH, la gente ya restauró daños menores, porque es importante dejar en claro que hay distintos tipos de daños.

Yo creo que los sismos del 7 y el 19 de septiembre no sólo sacudieron y destruyeron viviendas, no sólo ocasionaron la pérdida de vidas, no sólo afectaron monumentos históricos —sobre todo las edificaciones de carácter religioso o ritual—: también sacudieron las conciencias de comunidades y gente que ahora miran la vida de otra manera, espero que mejor.

Entre los múltiples efectos de los sismos de septiembre de 2017 están los relacionados con los daños a los patrones y valores culturales que los mexicanos cotidianamente vivimos y recreamos, que constituyen una parte importante de nuestro patrimonio cultural inmaterial, así como también están los daños a los monumentos artísticos e históricos, a las zonas arqueológicas y los sitios paleontológicos. ¿Cuáles fueron los efectos de los sismos, en términos cualitativos y cuantitativos, sobre nuestro patrimonio cultural inmaterial y material?

Evidentemente, los efectos cuantitativos pueden aplicar en eso que podría llamarse, en estas visiones a veces un tanto dicotómicas de Occidente, *lo material*. En términos de lo material, tenemos ahora mismo una relación que está por encima de los 2 150 inmuebles históricos dañados en esas 11 entidades federativas de las que ya hablé. Hemos establecido una clasificación de los daños, que van de menores a moderados y severos.

Hablaríamos de daños menores en alrededor de 17% de afectaciones; con daños moderados tenemos aproximadamente 60% de afectaciones, y con daños graves, alrededor de 23%. Hubo daños muy graves; hubo templos que colapsaron casi en su totalidad. Esto provocará un debate técnico, científico y también social muy grande, para ver qué se hará en esos casos, qué tanto se reconstruye y qué tanto se deja el vestigio de lo que ocasionó el temblor. Ése será un tema complejo; por otra parte, los trabajos de restauración durarán varios años. En lo que toca a los daños moderados, ya estamos elaborando proyectos. En principio, igual que con los daños graves, se hicieron intervenciones de emergencia para apuntalar muros, torres campanario o espadañas. En cuanto a los daños menores, ya llevamos concluidas alrededor de 150 restauraciones.

Como ya he dicho, en los bienes arqueológicos tuvimos daños poco numerosos. Algunos resultaron complejos, como en el caso de Monte Albán, aunque no muy numerosos. Estaríamos hablando de entre 30 y 35 zonas arqueológicas con daños. Del patrimonio paleontológico no tenemos registro de daños graves o complejos; como comprenderás, nuestro patrimonio paleontológico se compone de elementos que ya están fragmentados, que ya están petrificados, que están debajo o incluidos en las rocas metamórficas. Por eso no tuvimos daños demasiado lamentables.

Lo más fuerte, los daños de mayor gravedad, insisto, están en monumentos históricos y, sobre todo, en edificaciones religioso-rituales, y en menor medida en algunas construcciones civiles de mucho valor patrimonial para los pueblos, porque son inmuebles ocupados por presidencias municipales y casas de cultura o porque son casas antiguas donde estuvo algún personaje histórico. Por ejemplo, en Morelos y en el Estado de México podemos mencionar algunas casas donde estuvo el general Emiliano Zapata, que los pueblos recuerdan y cuidan mucho por la memoria del general y porque las tienen ubicadas. En la casa de Joquicingo donde estuvo el general Zapata, la gente puso un letrero muy interesante que decía: “NO DEMOLER HASTA QUE LLEGUE EL INAH”. Esto acredita también que la gente sabe que existe el INAH. A veces el INAH da lata como cualquier institución que tiene normas y criterios, pero es una institución reconocida, con su lata o sin ella.

Por otro lado, si hablamos de números gruesos, vale la pena mencionar que hemos registrado 2 200 edificaciones históricas con afectaciones, o tal vez un poco más; eso implica un número mayor de bienes muebles que fueron dañados por el movimiento sísmico, que hizo que se cayeran muchos objetos; en otros casos, los daños en los objetos fueron provocados a consecuencia de los colapsos de los propios inmuebles. Estamos hablando de escultura policromada, de pinturas de caballete, de retablos, de pintura mural, de mobiliario religioso, de elementos decorativos en el interior o en el exterior de los templos.

Nos hemos referido a los elementos tangibles del patrimonio, aunque por supuesto que hay una serie de elementos no tangibles que tienen afectaciones indudables. Por ejemplo, en muchos lugares la gente se pregunta dónde celebrará ahora la misa, dónde organizará la fiesta del pueblo; también comenta que los del INAH han pedido que, de preferencia, no truene cohetes, que de preferencia no se toquen las campanas, porque las torres quedaron fisuradas y el repique de éstas puede terminar de colapsar parcial o totalmente la torre.

Es claro que el sismo modificó la cultura, las costumbres de la gente. Las consecuencias de los sismos replantean preguntas de organización, replantean preguntas sobre la relación que tienen los pueblos con sus cargueros o encargados religiosos de los espacios y de las fiestas —los mayordomos, los fiscales, los sacristanes—, pero también sobre la relación de los pueblos con las asociaciones religiosas, con la Iglesia, con los sacerdotes. A veces la relación de los feligreses con los sacerdotes es buena y a veces es muy complicada, pero en todo caso no deja de estar mediada por esa búsqueda, yo diría que un poquito inadecuada, de control sobre la feligresía por parte de los sacerdotes.

Las consecuencias de los sismos también replantean la relación de la gente con una diversidad de actores: con las instituciones como el INAH; con el gobierno; con las fundaciones que aparecen con cualquier clase de deseos filantrópicos, a veces prometiendo mucho más de lo que verdaderamente están haciendo, a veces dando cifras muy alegres de que han reunido grandes cantidades de dinero sin que se vea con prontitud a dónde están derivando esos recursos. Los sismos han provocado un rejuego de actores sociales y culturales que siempre han estado presentes, pero que se rearticulan y modifican sus formas de relación a partir de los desastres naturales de septiembre pasado.

A la vez, en el interior de las comunidades se hace evidente la presencia de distintas miradas. Unos están más interesados en participar, pero otros no; otros se muestran desesperados porque no se logra ya la restauración; aquéllos piensan que es posible buscar alternativas para la fiesta, para la misa y para muchas otras celebraciones y expresiones sociales. En estos escenarios tendríamos que trabajar esquemas de análisis y de registro etnográfico que nos den, sobre todo, una aproximación de mayor dimensión temporal-cronológica respecto a cómo se va procesando esta reflexión en las comunidades. Esta perspectiva nos permitiría establecer con claridad que el INAH no es sólo una institución que se ocupa de monumentos históricos, arqueológicos y paleontológicos, sino también una entidad de antropología e historia, y debe hacer el recuento de cómo la gente mira, siente, simboliza y piensa estas catástrofes.

Los datos que usted nos ha brindado muestran un escenario difícil, que expone un momento de coyuntura lleno de retos para superar las grandes tareas que enfrenta hoy el INAH. De acuerdo con su ley orgánica, son objetivos del instituto realizar “[...] investigación científica sobre antropología e historia relacionada principalmente con la población del país y con la conservación y restauración del patrimonio cultural arqueológico e histórico, así como el paleontológico; la protección, conservación, restauración y recuperación de ese patrimonio”. ¿Cómo ha enfrentado el INAH estos retos? ¿Tiene los recursos humanos, materiales y financieros para atender los daños que dejaron en la cultura inmaterial y material los sismos de septiembre de 2017?

Debemos reconocer que el INAH no estaba preparado para una tarea de esta dimensión y de estas características. Esto no quiere decir que no lo vayamos a hacer en una gradación que va de bien a muy bien, pero sí que requerirá un esfuerzo adicional en todos los sentidos, como lo señalas: en el ámbito institucional, organizativo, humano, técnico y financiero.

El INAH es básicamente una entidad normativa que no se encuentra habituada a estar haciendo obras ni mucho menos obras de enorme complejidad como las que representan los daños severos que sufrieron muchos inmuebles históricos y también bienes muebles contenidos en ellos. Es decir, el INAH normalmente se hace cargo de las restauraciones de los inmuebles o de los bienes culturales que están bajo su custodia y administración directas: las zonas arqueológicas, los museos y los ex conventos.

Sin embargo, esos inmuebles y los muebles que contienen representan el porcentaje menor de las afectaciones que provocaron los sismos. Si sólo nos encargáramos de ellos, prácticamente podríamos hablar de que todo está en camino de solución, porque no pasa, como decía, de 35 zonas arqueológicas afectadas, probablemente algunas decenas de edificios históricos que están bajo nuestra custodia directa y algunas piezas en museos del INAH que posiblemente sufrieron algún daño. Ese sería un tema relativamente asequible para el INAH, pero hacerse cargo de aproximadamente 2 300 inmuebles históricos afectados nos remite a un escenario muy amplio y complejo de intervención.

¿Cuál es el mecanismo que hemos habilitado? El que hemos aplicado para casos de huracanes o ciclones, para casos de incendios, para casos de accidentes naturales no antropogénicos. Para estas situaciones el INAH cuenta con un seguro que se complementa con el Fondo Nacional de Desastres Naturales (Fonden). Lo primero que hicimos fue recurrir al Fonden, con un esquema inicial emergente que se llama Apoyos Parciales Inmediatos. De esa manera logramos recuperar unos recursos y atraer a constructores y a profesionales que trabajan con maderas y tienen experiencia en materia de restauración. Gracias a ello se pudieron hacer, como he dicho, las acciones emergentes de apuntalamiento, y a la vez cubrir con lonas —en algunos casos proporcionadas por fundaciones privadas— las cubiertas, las bóvedas, las cúpulas de templos o de otras edificaciones históricas para protegerlas, porque estábamos en temporada de lluvias. Hicimos las acciones emergentes y con ellas demostramos que teníamos

capacidad, aunque nos quedó claro que estábamos rebasados. Hubo entonces que habilitar todo el mecanismo del seguro, del cual han salido apenas recursos muy iniciales; sin embargo, esperamos que en breve empiecen a fluir recursos con mayor intensidad.

Pero no sólo enfrentamos un problema económico para dar salida a la contingencia que nos impusieron los sismos de septiembre de 2017; además hemos requerido planear, organizar y operar un esquema organizativo que nos permita hacer frente a 2 300 obras en inmuebles y un número mayor de intervenciones en bienes muebles. Eso significa movilizar a mucha gente, muchos recursos. Por eso creamos una oficina de sismos; por eso constituimos un comité técnico-científico que está revisando los casos más complejos y ha formulado criterios generales de intervención. Ahora abordamos las contingencias provocadas por desastres naturales con un esquema muy diferente: en otras ocasiones la lógica de la restauración era que el inmueble recuperara su estado original o el estado anterior al accidente; ahora acreditamos los daños ante el seguro, porque se trata de que el inmueble sea restaurado en condiciones de seguridad. Esto es muy importante, pues ha quedado demostrado, después de septiembre pasado, que en este país seguirá temblando. Entonces nuestras restauraciones deben hacerse de manera segura; tienen que acreditar que si el próximo temblor es de 7 grados de intensidad, todo aguantará; si es de 8 grados, todo estará en pie; si es de 8.5 grados, todo resistirá. Eso sí: si es de 9 grados intentaremos que las santas imágenes ayuden, porque un sismo con esa intensidad o más sí que puede empezar a ser difícil de enfrentar. En todo caso, queremos asegurarnos de que todo sea antisísmico; es decir, necesitamos trabajar con corrección técnica y con un criterio muy escrupuloso de seguridad.

La gente tiene miedo y tiene toda la razón. Por eso no quiere que se repita lo que sucedió. Aunque en los colapsos de inmuebles históricos no hubo tantos fallecidos como en los colapsos de viviendas y, sobre todo, de edificios urbanos, hubo un hecho lamentable en la zona de Chiautla, Puebla. No recuerdo exactamente el nombre de la iglesia —no sé si sea Astata—. Lo lamentable fue que le cayó una cúpula a una familia que estaba en la celebración de un bautizo y murieron 12 personas. Esto no puede volver a ocurrir; por lo tanto, necesitamos hacernos cargo de que nuestras intervenciones sean muy seguras.

Por otro lado, debemos asegurarnos de incorporar proveedores o contratistas que sean solventes desde el punto de vista técnico y desde el punto de vista de su honestidad en el uso de los recursos. Requerimos de un esquema de supervisión muy escrupuloso, un sistema de gestión y control de los proyectos muy eficiente. Esto nos permitirá identificar si hay retrasos, exigir y corregir; esto nos permitirá demandar la entrega permanente de informes físicos o financieros. Hemos construido ya un sistema que, me parece, será eficaz, aunque ahora el tema es nutrirlo con toda la información. De esta manera el propio sistema arrojará cotidianamente los reportes que nos permitirán identificar dónde hay problemas.

Requerimos criterios de contratación muy claros para las empresas que se harán cargo, porque si se va a movilizar un recurso considerable en un país como el nuestro, donde hay tantos intereses

que buscan ganancias fáciles a partir de la corrupción y del saqueo de los fondos públicos, no podemos permitir algo así, sobre todo tratándose de una institución académica de enorme fuerza intelectual y espiritual como es el INAH.

Este asunto, te lo digo con claridad, nos plantea un reto que no habíamos confrontado, probablemente, en la vida del instituto. Yo creo que en México, si dejamos de lado la etapa armada de la Revolución, tal vez no ha habido un acontecimiento que haya destruido tal volumen de bienes patrimoniales como el que se concentró en septiembre de 2017 durante los sismos.

Cuéntenos acerca de dos o tres casos emblemáticos del quehacer del INAH en esta coyuntura de crisis abierta por los sismos.

Claro. Por ejemplo, les platicaba del caso de Ocuilan, que para mi gusto es bastante ilustrativo y conmovedor. Podría comentarles sobre algunos casos en Puebla, que ya abordé, donde varias comunidades ya se habían adelantado —en el buen sentido de la palabra— e iniciaron la restauración de algunos templos.

Yo creo que son muy interesantes dos casos más. Uno es el de Nuestra Señora de los Remedios en Cholula: ahí logramos articular los esfuerzos de los encargados del templo y del párroco de la iglesia con los apoyos de la Secretaría de Turismo (Sectur), de manera que el templo ya está totalmente restaurado. Se habían colapsado los cupulines de las dos torres del campanario. La destrucción se veía muy impresionante y la foto circuló por todo el mundo. Si tomamos una fotografía ahora, con la gran pirámide de Cholula arriba del santuario y atrás el Popocatepetl, nos mostrará una imagen donde las torres están en su lugar, remozadas, como si nada hubiera pasado.

Otro caso muy interesante es el de la iglesia de Santa Prisca, en Taxco, Guerrero, que sufrió daños complejos. Había problemas de intervenciones anteriores que derivaron en que se cayó un pináculo que puso en riesgo la vida de algunas personas, de manera que tuvo que revisarse la seguridad del inmueble en general. Teníamos la presión de los sacerdotes y de la gente de Taxco para que se reabriera el templo. Como la restauración de un elemento que se encuentra en el ala sur del crucero no podía ser tan pronta, hicimos un presbiterio provisional.

Desde diciembre del año pasado el templo fue reabierto al culto y la gente está muy contenta. Gracias a la colaboración de la Universidad de Zacatecas y personal del Centro INAH Zacatecas, los retablos se limpiaron y con eso logramos un elemento adicional a la restauración de los daños causados por el sismo. La gente está viendo que el templo no sólo va a quedar bien, sino que va a quedar mejor.

En general, me parece que hemos podido ir impulsando este tema de los sentimientos de las comunidades, sin dejar de reconocer que hay algunas donde casi nos quieren hervir en el perol, porque sienten que vamos despacio. En alguna medida, esas comunidades tienen razón, aunque nadie puede negar que nos estamos haciendo cargo.

Las respuestas sociales a momentos de crisis y las secuelas que éstos dejan son múltiples, diversas y, en ocasiones, complejas. ¿Qué tipo de respuestas sociales han encontrado los funcionarios, investigadores y trabajadores del INAH ante las labores del instituto para enfrentar esta contingencia? ¿Qué tipo de exigencias se han expresado desde la sociedad al INAH?

Ya planteé algunas. La más recurrente se expresa en términos de: “Explíquenos. A ver, ¿qué se va a hacer?”. La gente necesita mucha información, y en ocasiones algunos técnicos en el INAH no están acostumbrados a ofrecerla, ya que por lo general sólo se abocan al aspecto de la restauración. Esto ha sido evidente en el personal de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos (CNMH), al que no le vendría mal tener un área de trabajo comunitario como la que tiene la Coordinación Nacional de Conservación del Patrimonio Cultural (CNCPC), que le ha sido muy útil para establecer relaciones con las comunidades. No obstante, creo que sería más fuerte el involucramiento de antropólogos e historiadores, de investigadores de disciplinas sociales, porque esto ha ayudado a comprender las reacciones de la gente.

En este sentido, considero que los sismos de septiembre de 2017 también sacudieron a la comunidad del INAH. Por una parte nos sacudieron en el sentido de plantearnos qué tan eficaces somos, y por otra nos han impuesto un reto en cuanto a cómo podemos hacer para ventilar nuestra autocrítica sin afectar la imagen del instituto. No han faltado colegas que, en su desesperación, han hecho declaraciones, y los periodistas han utilizado sus dichos para decir que el INAH no sirve para nada. Entonces también estamos aprendiendo a funcionar como una comunidad que defiende su postura institucional, que defiende su prestigio bien ganado, pero que es capaz de la autocrítica. En el contexto de las secuelas de los sismos, y en cualquier otro, la pregunta a formularse no es si el INAH sirve o no, simplemente porque el INAH es la única alternativa, la única instancia orgánica capaz de enfrentar una problemática como la que enfrentamos hoy. Por lo tanto, o mejoramos nuestras capacidades o nos quedamos en la lamentación. Me parece que la comunidad del INAH ahora está empezando a comprender que tenemos que salir de la cultura de la lamentación, de la queja, del echarle la culpa al sistema social, que por supuesto tenemos que corregir. No obstante, lo cierto es que, por lo pronto, como estamos y con lo que tenemos, hay que hacerle frente al desafío.

Eventos como los sismos de septiembre de 2017 nos dejan un cúmulo de enseñanzas. Una de ellas, que resulta de la mayor importancia, es la elaboración y piloteo de un protocolo de actuación del INAH ante situaciones de desastre. ¿Qué otras enseñanzas ha dejado al INAH este evento catastrófico?

Considero que eventos como los sismos nos regresan a la idea de que el patrimonio cultural no puede verse sólo como compartimientos estancos, como espacios separados: aquí lo arqueológico, acá lo histórico, allá lo paleontológico, más allá lo artístico y por otro lado ese mundo difuso que llamamos “inmaterial”. Necesitamos tener una visión más integrada de lo que es el patrimonio y de lo que es el INAH.

Eso no es nada sencillo porque, me parece, el instituto se había venido desarrollando con una dinámica donde cada sector, instalado en su nicho de confort, hacía su tarea de manera a veces un tanto rutinaria. Eso nos hizo olvidar esa mirada holística, integral y transdisciplinaria con la que surgió el instituto y con la que Manuel Gamio emprendió su gran proyecto en el valle de Teotihuacán. Esa es una enseñanza que, a mi juicio, reviste la mayor importancia en el momento actual.

Los sismos de septiembre de 2017 y sus efectos en el campo de la cultura material e inmaterial se presentaron en un momento interesante de balance intelectual, histórico, cultural e institucional de lo que ha sido el INAH en estos ya casi 80 años. Espero que este balance nos permita repensar el instituto en los siguientes 20 años, para que en su centenario esté más a la altura de un país que desde finales del siglo pasado se define como una nación pluricultural. Lamentablemente, esa definición no ha tenido sustancia en un proyecto nacional que permita que esta pluriculturalidad sea una razón de enriquecimiento, de intercambio recíproco, de fortalezas; no de discriminación y polarización: de una sociedad que se sigue debatiendo en una profunda diferenciación social y que se caracteriza por un tejido desgarrado, en el que no sólo están presentes la violencia, la inseguridad y la corrupción, sino además una desigualdad que es verdaderamente escandalosa y que constituye la asignatura pendiente más importante, yo diría, desde que Morelos escribió los *Sentimientos de la nación* y afirmó que había que moderar la opulencia y la indigencia. Aquí se ha ido extremando la opulencia, pero sobre todo la indigencia, y eso es verdaderamente grave.

¿Quisiera hacer un comentario final acerca de los sismos de septiembre de 2017 y las tareas del INAH en este contexto?

Insisto en que tenemos un desafío como nunca habíamos conocido. Tenemos que hacernos cargo de esa tarea, buscando la mejor relación de colaboración, de complementación y entereza institucional con la Secretaría de Cultura del gobierno federal, a la que pertenecemos; y a la vez, conduciendo los esfuerzos de muchos otros actores sociales que colaboran o que están interesados en colaborar. Muchos de ellos pueden aportar de manera más intensa, como la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y todas las universidades públicas, como diversos centros de investigación cercanos a las tareas de restauración, como los gobiernos locales, que en mucho están ayudando y que en algunos otros casos son indiferentes, pero eso no deja de plantear la necesidad de animarlos. También nos interesan los aportes de las empresas socialmente responsables. Mientras la sociedad se organice como sociedad de mercado, como sociedad donde prevalece como dominante la economía del capital, tenemos que hacernos cargo de que las empresas también tengan conciencia de sus responsabilidades sociales. Yo creo que esto también es una prueba para ello.

Por otro lado, reconozco la tarea que han hecho de modo ejemplar, y a veces hasta heroica, nuestros arquitectos y arquitectas, nuestras restauradoras y restauradores, así como muchos investigadores que están metidos en la tarea; los directores de los Centros INAH y los administrativos, ya

que, cuando uno enfrenta este tipo de situaciones complejas de manejo de recursos, también aprende a apreciarlos, aprende que para nada están de sobra y que, en este contexto, ayudan mucho en la movilización de los todavía escasos recursos que hemos podido reunir para dirigirlos a la restauración.

Estoy convencido de que el INAH saldrá fortalecido de esta tarea, que no concluirá en este periodo de gobierno, que se prolongará probablemente dos o tres años más, y en algunos casos, en menor medida, varios años más, porque enfrentaremos problemas muy complejos a resolver. Vamos a aprender mucho y esto dará lugar a que se forme una nueva generación de profesionales del INAH que tengan más claridad de su compromiso y de su quehacer.